

## El libro, motivo ornamental en las Artes plásticas

Por FERNANDO JIMENEZ DE GREGORIO



El hombre se abre camino trabajosamente a lo largo de la Historia. Con angustia y dolor va tallando, día a día, ese sendero penoso, difícil, del vivir histórico. El libro, como hecho humano, marca, mejor que otro cualquiera, este lento y duro caminar. Por ello la vida del libro se identifica con la vida misma del hombre.

Desde los primeros signos dibujados en la roca con toscos pin-

les, en el amanecer prehistórico, hasta los preciosos volúmenes actuales, cómodos y prácticos, que nos hablan de un colosal desarrollo en las Artes de imprimir, va toda la vida de la Humanidad.

La Arqueología nos ilustra cada vez con más certeza, sobre las bibliotecas de Súmer, constituidas por enormes galerías que guardaron en tabletas de arcilla, todo el saber de aquellas ciudades de la venerable Mesopotamia.

El papiro trabajado previamente por los egipcios, fué la materia escriptoria usada por este pueblo agricultor y pacífico. En tablillas embadurnadas con delgada capa de cera escribieron sus razones filosóficas y su dramática los griegos y también sus hijos en cultura, los romanos, de genio práctico.

En pieles adobadas al efecto, nos dejaron su ciencia los Monasterios primero, las Universidades luego, en aquella Edad Media, combatida a ultranza por el Renacimiento. Esa Edad no del todo tenebrosa, ni tampoco brillante, como quieren los neo-románticos, dió a las generaciones posteriores el conocimiento del papel.

Nos trae el Renacimiento, entre aquella oleada de inventos geniales, el de la imprenta. Aquí empieza a tener el libro su moderno significado.

Empleado el libro, en ocasiones, como accidente ornamental, en otras como sustancial motivo, se representa profusamente en trabajos pictóricos y en la escultura.

Muchas páginas se necesitarían para solamente enumerar las obras de arte, en las que el libro constituye elemento en la composición plástica. Tomamos al azar algunas universalmente conocidas, intentando esbozar cuestión de tan gran interés.

\*\*

En el sepulcro de Julio II, Pontífice del Renacimiento, vive en perpetua lucha el espíritu gigante de Miguel Angel Bonarroti; en el Moisés, su obra.

Allí, en su hornacina, sentado, la figura de Moisés se revuelve inquieta, amenazadora, terrible, como si estuviera en interior suplicio. El cabello revuelto, la mirada adusta, severo el ceño, cual torrente impetuoso las ondulantes barbas... Su mano diestra se apoya en las tablas—el Libro de la Ley—; la mano izquierda las señala con imperativo ademán.

Moisés recibe en ocasión única aquel Libro de Normas—«¡Amarás a Dios!». «¡No matarás!»—, es el momento que el artista elige para su máxima creación. Acaba de recoger las tablas de la Ley. Ha visto a Dios envuelto en la tormenta, ha sentido la sacudida de lo divino. Su cuerpo, todavía convulso, advierte, con repugnancia, la poca fe de Israel.

Toda la fuerza del Renacimiento, su espíritu cristiano, sus formas paganas, se muestran en genial coyunda en este Moisés de movimiento y energía contenidos.

\*\*

Desde la gran rotonda del Museo del Prado, donde se guardan las obras velazqueñas, nos mira sin odio y sin malicia Esopo.

En pié. Su cuerpo viste amplio y largo chaquetón. La mano derecha sostiene, abrazándolo, un libro usado, raído, como su pobre indumentaria parda. Su cara de rara fealdad posee la resignación heroica de los que han compartido la dignidad con la miseria, la bondad con la ingratitud de las gentes.

Parado Esopo en medio de la vida, mira con ojos apagados, el paso de los hombres y las